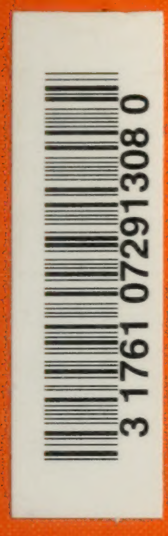

3 1761 07291308 0

ENRIQUE G. RUIZ



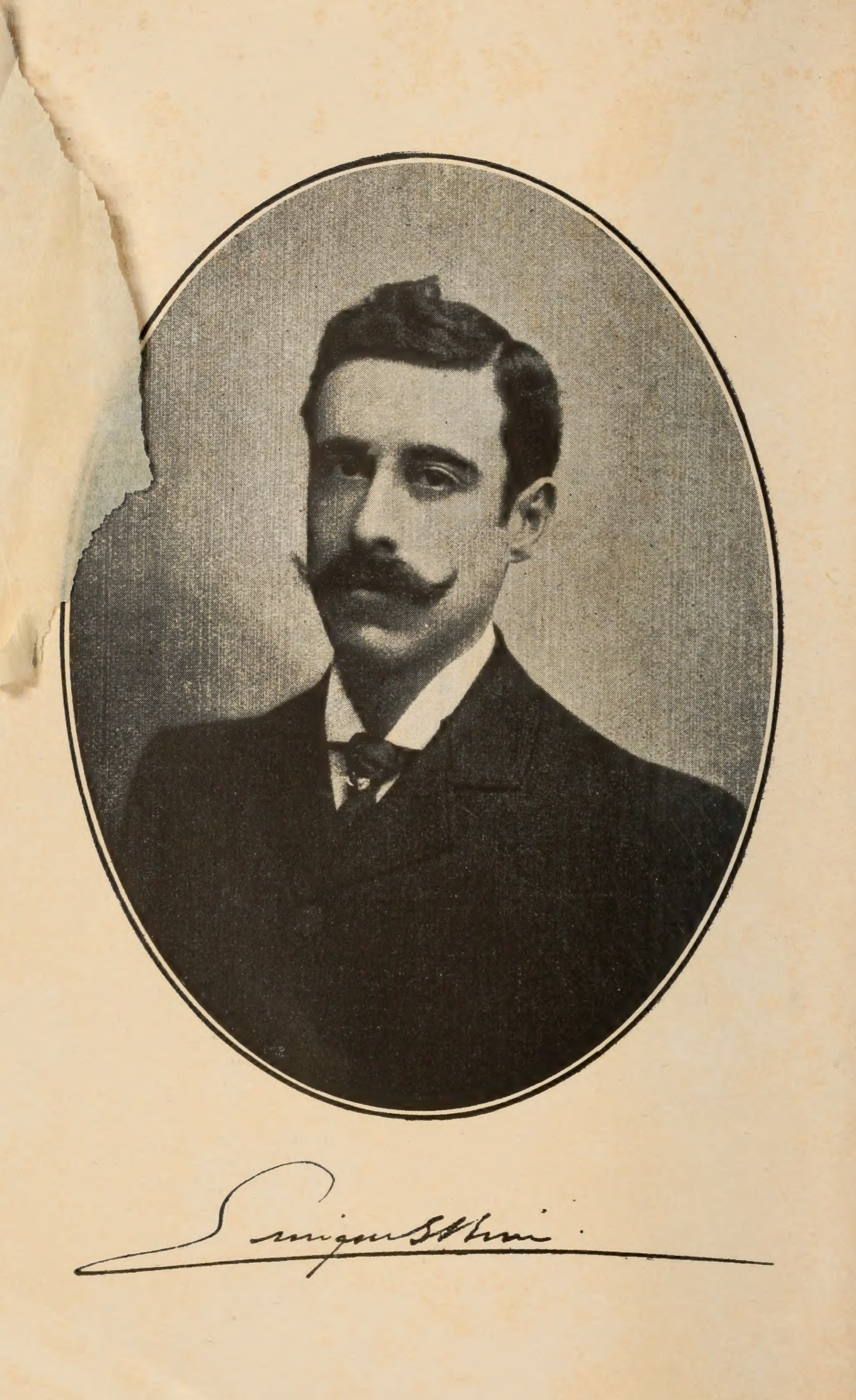
MEIS

POESÍAS



MAUCCI HERMANOS - Editores
1059, SARMIENTO, 1065
Buenos Aires
1917

MEIS



ENRIQUE G. RUIZ

MEIS

POESIAS



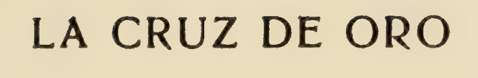
MAUCCI HERMANOS - Editores
1059, SARMIENTO, 1065
Buenos Aires
1917


LIBRARY
OCT 3 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

DOS PALABRAS

Estas composiciones han sido escritas en la juventud de la vida, en esa edad de ilusiones en que las estrofas no son dictadas por el raciocinio, sino por el corazón. Soy el primero en reconocer que no son dignas de la publicidad y si me he atrevido a publicarlas ha sido para satisfacer las honrosas exigencias e indicaciones de algunos amigos. Este libro es para ellos, que sabrán disimular sus incorrecciones y defectos, no para los críticos y académicos.

El Autor.



LA CRUZ DE ORO

LA CRUZ DE ORO [1]

(CUENTO)

I

En un paraje escondido
entre espesos matorrales,
se ven dos chozas iguales
relegadas al olvido;
donde no cuelgan su nido
ni trinan los ruiseñores,
donde no hay del Sol fulgores
ni consuelo ni alegría,
sino soledad sombría
y algunas sencillas flores.

(1) Recitada en el salón de fiestas del Colegio del Salvador.

II

En aquellos paredaños,
morada de la pobreza,
tiene toda su riqueza
un labriego entrado en años.
Ajeno a los desengaños
pasa la vida contento,
y no le falta el sustento
porque trabaja constante,
con la dicha en su semblante
y Dios en su pensamiento.

III

Apenas raya la aurora
anunciando nuevo día,
cuando el Sol su luz envía
que las altas cumbres dora,
en esa plácida hora
deja el pobre su mansión,
entonando una canción
en que a las brisas invoca,
con la sonrisa en la boca
y con fe en el corazón.

IV

El mísero labrador
un hijo tiene a su lado,
que como el padre es honrado,
alegre y trabajador;
le tiene filial amor,
procura darle contento
y comparte el alimento
con aquel hijo querido,
el que alivia agradecido
de la edad, el sufrimiento.

V

Pero entre tanta pobreza
guardan ambos un tesoro:
una cruz pequeña de oro
en que cifran su riqueza.
De un retablo de la pieza
sobre una tela rosada
pende la joya, adornada
con aromáticas flores,
que confunden sus colores
con la efigie venerada.

VI

Mas, aguda enfermedad
del anciano se apodera,
y es entonces cuando impera
del hijo, la caridad.
¡Oh! ¡Qué escenas de piedad
se presencian en la choza!...
Cuando el buen padre solloza
y rompe en lúgubre llanto,
siente el hijo tal quebranto
que el corazón le destroza.

VII

El infeliz labrador,
extenuado y delirante,
manifiesta en su semblante
la palidez del dolor.
Sólo un ¡ay! desgarrador
que de aquellos labios brota
se oye en la selva remota,
y aquellos dos corazones
semejan dos diapasones
vibrando la misma nota.

VIII

Entonces el pobre anciano
al hijo amado bendice
y estas palabras le dice:
—Mi fin está ya cercano;
cuanto ves en ese llano
y el huerto que allí florece,
es tuyo, te pertenece...
sé bueno, confía en Dios,
recibe el postrer adiós
de tu padre que fenece.

IX

Y esa cruz de oro preciosa
siempre debes conservar,
si quieres no naufragar
en la vida borrascosa;
es la herencia más valiosa
que puedo legarte yo...—
El joven luego tomó
la cruz, y en llanto deshecho,
con fervor, ante su pecho
en el acto colocó.

X

En aquel triste momento
el desconsolado hijo
al padre juró y le dijo
con melancólico acento:
—De esta cruz el pensamiento
mis penas ha de calmar
y fuerza no he de encontrar
para desprenderme de ella,
pues será el norte, la estrella...
que siempre me ha de guiar.—

XI

Y en la choza solitaria,
que compasión sólo inspira,
el padre, angustiado, espira
ante la cruz legendaria;
del hijo tierna plegaria
se elevó con raudo vuelo,
y mientras allí en el suelo
estaba el triste de hinojos,
tal vez del padre los ojos
lo miraban desde el cielo.

. . . .

XII

Siguió cultivando el huerto
con el aprendido afán,
y no le faltaba el pan
en el paraje desierto;
en los pesares experto
un solo alivio sentía,
cuando ferviente oprimía
contra su pecho la cruz,
al ver el rojo capuz
del primer fulgor del día.

XIII

Pero una seca espantosa
la campiña desoló
y en la pradera no alzó
su tallo gentil la rosa;
en cárcel tan horrorosa
y entre tantas asperezas,
no domina las tristezas
de esta vida de martirio
y buscando en su delirio
más fácilmente riquezas,

XIV

su razón ya no lo rige,
y por la senda del vicio,
a su negro precipicio
sin pensarlo se dirige;
por el pesar que lo aflige
dice: —¿Qué fuerza insensata
echa por tierra y desata
los lazos de mi ventura,
y me brinda la amargura
y mis planes desbarata?...—

XV

Se transforma en un malvado
en aquella soledad,
y brama la tempestad
en su pecho, del pecado.
Por la miseria acosado
y por hondo sufrimiento,
corre veloz como el viento
sin fe, sin divina luz...
y juega entonces la cruz
con roedor remordimiento.

XVI

Pierde... mas ¿cómo entregar
aquel Cristo del Calvario
que codicia el adversario
por su valor singular?...
Y exclama sin vacilar:
—¡Oh Cruz, no debo perderte!
Mi sino es siempre tenerte!...—
Y en la contienda,... una bala
choca en la cruz y resbala,
salvándolo de la muerte!...

XVII

Vuelve al hogar, y se inclina
delante de la cruz santa
y al cielo entonces levanta
una oración vespertina;
al instante se encamina
al camposanto desierto
y allí, junto al mármol yerto,
cae de hinojos llorando,
con el corazón temblando
y la palidez de un muerto.

XVIII

Todo su ser embargado
por tan negra desventura,
—¡Padre!—clamó en su amargura,
—Perdón, la cruz me ha salvado
y nueva vida me ha dado.
Aquí otorgo la piedad
por mi culpa y mi maldad!—
Y, ¡oh sorpresa!... Mientras gime,
la cruz, que con fuerza oprime,
se parte por la mitad.

XIX

Allí un letrero decía,
esculpido en letras de oro,
que la choza un gran tesoro
tras del retablo escondía,
y jadeante de alegría
corriendo se dirigió
a la choza, y encontró,
en el retablo escondido,
el tesoro apetecido
que la cruz le reveló.

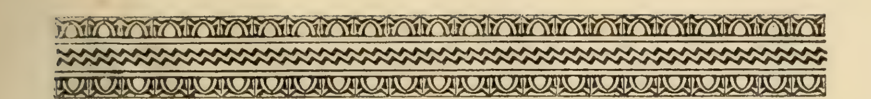
XX

Y destellos de bonanza
sus fulgores desplegaron,
que ante sus ojos brillaron
en risueña lontananza;
Sempiterna bienandanza
le labró el signo inmortal,
y al llegar su hora final,
abrazando aquel consuelo,
dirigió rápido vuelo
a la mansión celestial.

XXI

Esa es la Cruz. Es la estrella
de inextinguible luz pura
que siempre hermosa fulgura
y sobre todas descuella.
El que gime encuentra en ella,
para mitigar su llanto,
un alivio a su quebranto,
un consuelo a su dolor.
¡Bendita fuente de amor!
¡Bendito símbolo santo!

¿DESPUÉS...?



¿DESPUES...?

(SONETO)

—¿Después?—En risueña lontananza
el lazo eterno ante el altar me espera,
allí con mi inocente compañera
veré el astro lucir de bienandanza.

—¿Después?—Brilla a mis ojos la esperanza
de la ilusión más dulce y lisonjera,
ilusión que con rápida carrera
viene hacia mí, entre nubes de bonanza.

—¿Después?—¡Cuán imposible es responderte,
Eterno Dios! pues tu pregunta oprime
y por ella no puedo comprenderte.—

—¡Desdichado mortal!, medita y gime
porque ¡ay de ti! después vendrá la muerte,
después... vendrá la eternidad sublime!... —



IN MEMORIAM



IN MEMORIAM (1)

Al Sr. Mannel Durán

I

Padre afligido: contristado lloras
al ángel de tu amor,
y en ratos melancólicos devoras
el cáliz del dolor.

II

Queda tu hogar vacío y desolado
que llora sin consuelo,
pero ella ocupa un puesto señalado
en la mansión del cielo.

(1) **Publicada en** ***El Correo Español.***

III

De su belleza las preciosas galas
la muerte marchitó,
pero esa flor caída, leves alas
al cielo dirigió.

VI

El haberla perdido no te aflija,
porque es feliz allí;
no llores, pobre padre, por tu hija,
más bien llora por ti.

V

Llora por ti, porque a ella la circunda
un bienestar sublime,
en tanto que la pena más profunda
tu corazón oprime.

IV

Tus miradas dirige a las alturas
del edén celestial,
y adornada verás con rosas puras
su frente angelical.

VII

Calmarás el pesar que te domina,
que tu alma laceró,
cuando escuches la voz... la voz divina,
del ángel que voló.



SALTA



SALTA

I

A la orilla de un torrente
que entre peñas se desploma,
su silueta un rancho asoma
sobre la tosca pendiente;
cuando el Sol desde el oriente
al cenit su marcha guía,
aquella mansión bravía
recibe el primer vislumbre,
reflejando en la techumbre
la primera luz del día.

II

En la rústica morada
que entre las rocas se exhibe,
hay un anciano que vive
con su hija idolatrada;
allí la paz anhelada
parece tener asiento,
brindando dulce contento
a sus pobres moradores,
el perfume de las flores
y el suave arrullo del viento.

III

Aquel anciano, abatido
por el trabajo y la edad,
oyó un día: — ¡Libertad! —
entre el follaje tupido,
y el penetrante sonido
del clarín, la voz sonora
de un valiente, precursora
de arrollar al bravo león,
quebrantando el eslabón
de la cadena opresora.

IV

— Hoy la patria me reclama —
Pensó el desdichado viejo.
— ¡Dulce hogar, de ti me alejo
porque la sangre me llama!
Hija mía, adiós; quien te ama
te deja en la soledad,
y va a luchar sin piedad,
empuñando la bandera
de la patria que venera
ansiosa de libertad. —

V

Dijo, y detrás del torrente
al gaucho Güemes se escucha,
que con sus legiones lucha
contra enemigo potente;
de sus huestes marcha al frente
dando a su provincia gloria,
y al perpetuar su memoria
por su valor denodado,
deja su nombre grabado
sobre el bronce de la Historia,

VI

Entre las selvas retumba
la atronadora metralla,
de la opresión la muralla
rebramando se derrumba.
Halló el viejo heroica tumba
sucumbiendo con valor,
y con frenético ardor
el estandarte abrazando,
cayó en la lid exclamando:
— *¡Libertad, Patria y Honor!* —





CAIN



CAÍN

I

De majestad vestido el Sol levanta
su rubia cabellera
con lentitud, como si no quisiera
mirar el cuadro triste
que luego sucediera.
Acompasadamente serpentea
el arroyo con suave movimiento,
el bosque su follaje balancea
y su leve murmullo lleva el viento.
La paloma inocente ha enmudecido,
queriendo demostrar la pena amarga
que su angustioso corazón embarga.

Ya no entona la dulce cantinela;
acongojada gime
por el presentimiento que la oprime.
Todo es melancolía y desconsuelo;
en tan infausto día
el Sol, el bosque, el ave están de duelo.
. . . .

II

—Sentía que en mi pecho depravado
mi corazón violento palpitaba,
que con fuertes latidos me llamaba
para alejarme del mortal pecado.
Y triunfó la maldad. Aciago día
de horas malditas de terrible lucha,
en que mi sordo corazón no escucha
la airada voz de la conciencia mía.
Mis ojos se nublaron
por la sed insaciable de venganza,
y mis brazos se armaron
y acometí con saña y fuerza impía.

Después... al contemplar el cuerpo inerte
apareció una lágrima a mis ojos,
sentí un frío de muerte
y tuve ansias de caer de hinojos.

III

Ofuscado corrí, corrí sin tino
con un nudo opresor en mi garganta;
giraba como el raudo torbellino
con un dolor que el corazón quebranta.
Sentí la fuerte voz de la conciencia,
que, con furor y en cólera encendida,
me llamaba mil veces: *¡Fratricida!*
acosando mi pérfida existencia,
y percibía, en mi terror profundo,
de la sangre vertida el suave aroma,
y luego un alma, emblema de inocencia,
se dirigía a la mansión del cielo,
más pura que la cándida paloma
que al nido de su amor remonta el vuelo.

IV

¡No hay esperanza de perdón! Inspira
lástima mi pecado.
¡Que el cielo de una vez descargue su ira
sobre mi negro instinto depravado!...
No puedo arrepentirme. ¡Que el castigo
mi existencia destruya
y mi vida concluya!
¡Esta vida terrible que maldigo!—





MATER



MATER

(SONETO)

Con singular cariño nos abriga
si nuestro lecho el huracán azota,
y exhala de sus labios triste nota
cuando el dolor punzante nos hostiga.

Solícitos cuidados nos prodiga
cuando un gemido de nuestra alma brota,
y la alegría en su semblante flota
si una pena profunda nos mitiga.

Llora por siempre, sin hallar consuelo,
al hijo de sus cándidos amores
cuando el sepulcro le depara el cielo,

y al despertar del día los fulgores,
ante una cruz, de hinojos en el suelo,
humedece con lágrimas las flores.



SOBRE EL ABISMO



SOBRE EL ABISMO (1)

(FANTASÍA)

I

Sereno estaba el mar, cuando el navío
surcó veloz el piélago profundo,
sereno y apacible como un río
cuyas aguas plateadas se deslizan
y los valles silvestres fertilizan.

II

Allá en la esbelta nave, va el marino,
mientras el Sol, que brilla en occidente,
alumbra su camino,
al destacar su luz sobre las olas
que ondulan a compás en el oriente.

(1) Recitada en la ciudad de Mercedes, en un aniversario de la pérdida de *La Rosales*.

III

Ya la noche sus pasos acelera
con rápida carrera,
y se esparce en lo alto, suavemente,
la claridad postrera vespertina
que en el cielo las nubes ilumina.

IV

A poco, el firmamento se obscurece,
tienden sobre él las nubes negro velo
y una racha de viento fugitiva
camina presurosa, avanza y crece.
Bajo la densa lobreguez del cielo
se oculta la galerna, y más se aviva
el oleaje del rugiente oceano,
que con sus ondas espumantes choca
en la acerada nave,
y cuando llegan al confín lejano
se estrellan al romper contra la roca.

V

Y de pronto como una catarata
que cae desde el cielo fragorosa,
la lluvia con violencia se desata,
y dirigiendo la mirada ansiosa
al mar, que sus designios desbarata,
sigue su marcha el infeliz marino
y se oculta en las nieblas del destino!...

VI

Cual montañas las olas se levantan
y sus golpes quebrantan
el timón de la nave que zozobra;
El capitán, inmóvil sobre el puente,
al empuje hace frente
y ante la mar serenidad recobra.

VII

Golpean la cubierta los granizos,
relámpagos rojizos
el mástil dejan ver más elevado,

y se mira a su lumbre mortecina,
la bandera argentina,
el símbolo supremo del soldado!...

VIII

Vió esa noche de negra desventura
que corrían algunos marineros
buscando dos maderos
para una cruz formar en su amargura;
para en el duro trance
flotar sobre ella entre la blanca espuma
desafiando las olas y la bruma,
porque a playas seguras siempre llega
quien asido a una cruz el mar navega!...

IX

El trueno, en los espacios, pavoroso
roncamente rugía
y su eco atronador y misterioso
entre las densas ondas se perdía!...

¡Desgraciado marino!
¡Abnegado morir, fatal destino!
¡Supremo instante, no hay más esperanza!
¡Ni un faro ni un bajel, en lontananza!...
. . . .

X

La tempestad venció. La frágil barca
entre las olas se perdió al instante
y el mar rugiente con fragor se enarca
para alojarla en su profundo seno,
mientras lucha el soldado agonizante
de abnegación y de entereza lleno,
cayendo sepultado en su delirio
en el inmenso abismo de los mares
cubierto con la palma del martirio!...

XI

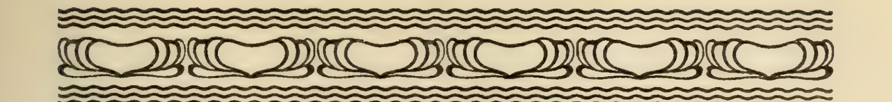
¡Mártires de la patria!
Con sangre defendisteis la bandera,
ciñendo en vuestra frente
la corona de lauro duradera.

Vuestro recuerdo trae a mi memoria
un triste pensamiento:
caiga una eterna maldición helada
para el cobarde mísero, si lo hubo
que consintió, en aquel fatal momento,
ver su hermosa bandera mancillada.
Que su infamia doquiera se pregone
y del Mundo lo acose la mirada...
pero si no es verdad... ¡Dios me perdone!...





A ESPAÑA



A ESPAÑA (1)

(Publicada en "El Correo Español".

I

¡Yo te saludo, España! Te bendigo
y el eco débil de mi voz levanto,
porque, al verte sufrir, sufro contigo,
uniendo mi pesar a tu quebranto.
Las huellas que trazó tu gloria sigo
que suben al empíreo sacrosanto,
y allí te veo augusta y soberana
como una reina de la raza humana.

---

(1) Al estallar la guerra de los Estados Unidos contra España, un grito de indignación se levantó de los pechos de todos los hombres libres de apasionamientos y rencores que anhelaban el triunfo de España, representante del derecho y del honor contra la fuerza opresora y el ultraje vil. Estos son los sentimientos que impulsaron al autor para escribir esta oda, en los primeros encuentros de la guerra.

II

No podrá contra ti, quien iracundo
levanta su cerviz en son de guerra,
pues verá sólo, con dolor profundo,
que la humilla hasta el polvo de la tierra.
Resonará en los ámbitos del Mundo
tu abnegado valor que en lid aterra,
pues la historia en sus páginas pregona
la gloria singular de tu corona.

III

Como la roca en la desierta orilla
que azota con furor el oceano,
levantarás tu frente sin mancilla
sobre las glorias del linaje humano.
Ni siquiera una leve nubecilla
empaña tu semblante soberano,
y por eso victoria sólo cantas
y en tu trono encumbrado te levantas.

IV

Si el barco de tu suerte en el momento
está lejos de mares de bonanza,
ya brillará en el alto firmamento
un astro redentor de bienandanza.
Y con la rapidez del pensamiento
vendrá hacia ti, de incierta lontananza,
el iris de la calma y del consuelo
con los colores que arrancó del cielo.

V

Sucumbirán los que con celo ardiente
ayudan y defienden tus hogares,
mas su santo recuerdo eternamente
subsistirá en tus místicos altares.
Vendrá otra mano sabia y prepotente
que ha de guiarte en borrascosos mares,
como la madre que a sus hijos cuida
en el mar tempestuoso de la vida.

VI

Saben morir tus hijos con anhelo
en medio del fragor de las batallas,
cuando corre la sangre por el suelo
y zumban los cañones y metrallas;
por ti saben morir y por el cielo
defendiendo abnegados tus murallas
cuando una raza infame y altanera
quiere manchar tu límpida bandera!...

. . . .

VII

La Luna, desde el alto firmamento,
las aguas del Atlántico platea,
y su azulada superficie el viento,
a su impulso, tranquilo balancea;
en aquel majestuoso movimiento
la vista del marino se recrea,
porque cifra en el mar eterna gloria
al vislumbrar de lejos la victoria.

VIII

La escuadra americana lentamente
dirige el rumbo a España con anhelo,
creyendo ver en su ansiedad creciente
grandes conquistas de color de cielo;
pero engañada va, que allí en oriente
marinos hay que, con tenaz desvelo,
con impaciencia y con valor esperan
enaltecer la patria que veneran.

IX

Y si en *Manila* señaló el destino
sucumbir tan heroicos paladines,
su muerte formará un pendón divino
que flameará del Mundo en los confines;
y algunos, de su vida en el camino,
verán colmados sus guerreros fines,
cuando la Iberia, tras feroz combate,
las naves que la oprimen desbarate.

X

El dardo envenenado de la guerra,
ellos, contra tu escudo dirigieron
y conquistar tu apetecida tierra
en su ignorancia y abyección creyeron;
y fué desilusión que los aterra
cuando, vencidos y deshechos, vieron
tronchadas sus risueñas esperanzas
en *Santiago, Cienfuegos* y *Matanzas.*

XI

Vuelve tu vista atrás, ¡Heroica España!
y recuerda tus férvidos valientes;
corra en tus venas su iracunda saña
que desate tus brazos prepotentes,
la noble faz de tus soldados baña
en las aguas tranquilas de tus fuentes,
y que firmes al pie de los cañones
defiendan sin temor tus posesiones!

XII

Y arranca de tus selvas seculares
los troncos de tus leños corpulentos,
para que crucen procelosos mares
arrastrados a impulso de los vientos;
y al olvidar la hiel de tus pesares
que acibararon tu alma otros momentos,
muestra la sangre de tu augusta raza
y al enemigo sórdido rechaza!...

XIII

El león, airado, su melena extienda
y arrolle para siempre al que provoca,
que se mantenga, en la mortal contienda,
firme, como en el mar, la enorme roca,
que el Dios de las batallas te defienda,
que la Razón escuche a quien la invoca,
y tras las penas del combate rudo
la victoria será para tu escudo!...

XIV

El arte pulse la guerrera lira
mientras el trueno del cañón retumbe,
mientras el mar sepulte a quien espira
y por España con valor sucumbe;
y cuando al estrellarse contra tu ira
la ambición del pirata se derrumbe,
las musas todas a tus hijos canten
y al cielo vencedora te levanten!...

XV

Y cuando el mar, en majestuosa calma,
module cadenciosa sinfonía,
inundará el placer intenso tu alma
y vagará en tu rostro la alegría.
Del triunfo eterno empuñarás la palma,
te aclamarán los hombres a porfía,
y alzarás en mitad del oceano
el invencible pabellón hispano!...



EL CREPÚSCULO VESPERTINO



EL CREPÚSCULO VESPERTINO

I

Es la hora
vespertina,
ya ilumina
los vallados apenas el Sol;
y se oculta
en occidente
lentamente
entre nubes de opaco arrebol.

II

La paloma
el bosque deja,
y se aleja
de las sombras de obscuro color,
y atraviesa
el espacio
de topacio
dirigiéndose al nido de amor.

III

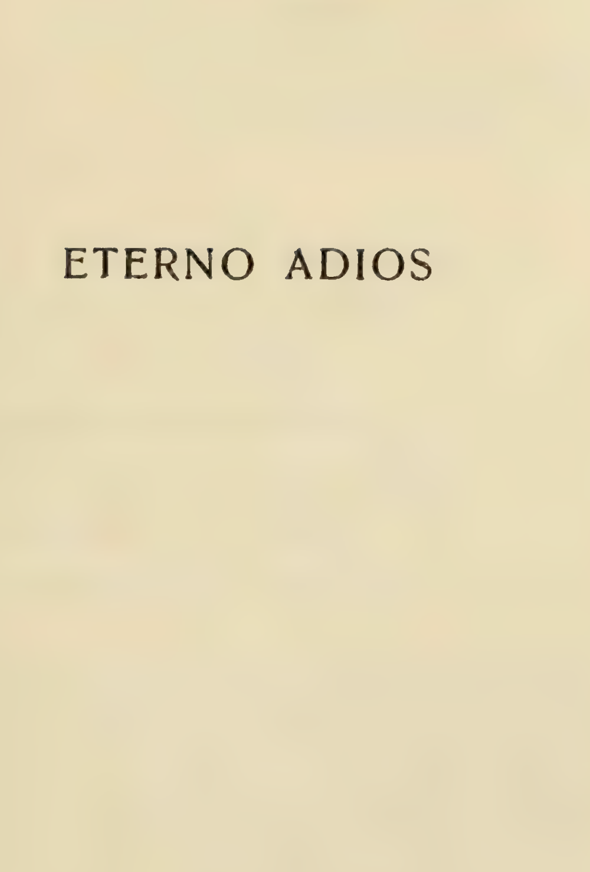
A su choza,
por el llano,
el paisano
se dirige en fogoso corcel,
dibujando
la llanura
su figura
que a su paso camina con él,

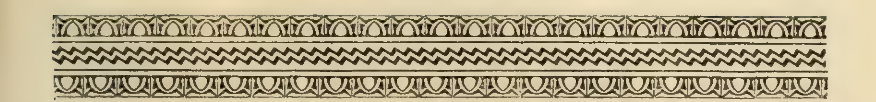
IV

En la iglesia,
no lejana,
la campana
por un alma dichosa dobló.
Y en la tumba
solitaria
su plegaria
una madre hasta el cielo elevó!...



ETERNO ADIOS





ETERNO ADIÓS [1]

Pallida mors œquo pulsat pede, pauperum
tabernas, regumque turres.

I

Siento la pena más abrumadora
al recordar la hora
de aquella dolorosa despedida.
Es triste describir su negra historia,
que trae a mi memoria
El pesar más acerbo de mi vida.

---

(1) En el certamen que ofreció la Academia Literaria del Plata el 30 de agosto de 1898 se presentaron quince trabajos para optar al premio: "Poema o Leyenda", y el jurado, compuesto por los señores: Camilo M. Jordán S. J., Dr. Indalecio Gómez, Dr. Santiago G. O' Farrell, Dr. Francisco Durá y Rafael Obligado, resolvió dar el primer premio a esta leyenda. Su veredicto fué el siguiente: "Entre las numerosas composiciones que se han presentado para este "tema el jurado ha reconocido en la que lleva por lema: *Pallida "mors oequo pulsat pede,* etc.: facilidad de versificación no menos "que unidad en la acción de la leyenda."

El autor, al publicarla, no puede menos de recordar la memoria del Sr. Juan A. Zunzunegui, quien, en el día de la distribución de los premios, que tuvo lugar en el salón de fiestas del Colegio del Salvador, la recitó e interpretó admirablemente bien, aumentando su escaso mérito y sacando de ella efectos en los cuales nunca pensamos al escribirla.

II

Jamás se borrará del pensamiento,
porque en todo momento
me oprimen sus recuerdos inmortales.
¡Ay! poder sobrehumano si tuviera,
para que así pudiera
traer a mí consuelos celestiales.

III

Mas, narraré la historia, aunque taladre
un corazón de padre,
fingiendo en ella la perdida calma.
Por doquiera contemplo a mi buen hijo,
cuando *adiós,* sólo dijo,
aquel *adiós,* que me llegó hasta el alma!

IV

Dichoso fuí con él, en una estancia
a pequeña distancia
de un galano arroyuelo transparente,
que entre sauces frondosos se desliza
y el campo fertiliza
y baña con su límpida corriente.

V

Era sincero y por demás afable,
de trato tan amable
que su recuerdo el corazón quebranta.
Un pañuelo su cuello entrecubría
y mirar permitía
la morbidez de su viril garganta.

VI

De rostro franco, de mirada viva,
que dulce y expresiva
reflejaba del alma la nobleza.
Un hijo fué que descendió del cielo
para santo consuelo
de mis dolientes horas de tristezas.

VII

Muchas veces alegre lo veía
cuando desparecía
en gallardo corcel por la llanura.
¡Cómo los días rápidos pasaban
y sólo nos brindaban
momentos de placer y de ventura!

VIII

Allí, mansión de dichas celestiales,
manzanos y perales
embellecían la preciosa falda;
eucaliptus mecidos por el viento,
tenían su cimiento
en la mullida alfombra de esmeralda.

IX

¡Cuántas veces la tórtola inocente
trinando dulcemente
en el árbol umbrío, nos llamaba!
¡Cuántas veces la cándida paloma,
posada en una loma,
con su arrullo sin par, nos deleitaba!

X

¡Horas gratas! pasasteis presurosas
cual vagas mariposas
dejando desventura en nuestro seno,
pena en el corazón, flores de abrojos,
lágrimas en los ojos
y un cáliz rebosante de veneno.

XI

El punzante dolor, mi pecho aterra,
y la ilusión atierra
como a la flor el huracán violento,
cual gavilán al pájaro aturdido
que vuela al patrio nido
al blando impulso que le presta el viento.

XII

Nuestro país, izó negros pendones
al ver los nubarrones
que levantara la región vecina,
pero arreciaba la fatal tormenta
y la lucha sangrienta
amenazó con su tremenda ruina.

XIII

El que heredó de mí noble apellido
se había decidido
a defender su patria en la frontera;
a morir en mitad de su camino
cual muere un argentino
al pie de su purísima bandera!...

XIV

Una noche apacible de verano,
cuando ilumina el llano
desde el cenit del encumbrado cielo
el astro cuyo disco se renueva,
llegó la infausta nueva
causante de penoso desconsuelo.

XV

¡Qué sentimiento el corazón embarga
y qué tristeza amarga
si el ser de nuestro amor nos abandona,
para adquirir la palma de valiente
y ceñir en su frente
los laureles eternos que ambiciona!

XVI

Peligros, sufrimientos, desengaños,
en países extraños
encontraría lejos de sus lares,
sin hallar a su angustia ni un remedio
ni un bienestar al tedio
ni un bálsamo calmante a sus pesares.

XVII

Una tarde, en el diáfano horizonte,
al transponer un monte,
diviso un coche que de lejos viene
ligero como el raudo pensamiento,
y después de un momento
delante de la estancia se detiene.

XVIII.

—¡Manuel!—clamé con voz conmovedora—
Y dije: — llegó la hora,
te aguardan en la puerta.—¡Qué momentos!
¡Hoy empieza el martirio de mi vida!
¡Oh triste despedida
que me brindas tan rudos sufrimientos!

XIX

Recordando aquel trance, me parece
que mi voz se enmudece,
y me ahoga la pena más profunda.
Quitaos ¡oh recuerdos! de mi mente,
ya que mi pecho siente
la tenaz inquietud que lo circunda!

XX

Subió a la diligencia con presteza,
con aire de tristeza,
fingiendo en el semblante dulce calma;
así su mano con amor paterno
y aquel *adiós eterno,*
un adiós fué que me llegó hasta el alma!

XXI

Le dije:—Si hoy la patria te reclama,
si con amor te llama,
aunque es difícil para mí olvidarte,
acude... y con la insignia del Calvario,
si fuera necesario,
sucumbe defendiendo tu estandarte!—

XXII

¿Después?... Después el impasible auriga,
los corceles fustiga,
que imprimen al convoy rápido vuelo,
y yo, sufriendo aquel pesar tan vivo,
quedéme pensativo
con la mirada inmóvil en el suelo.

XXIII

Alzo mi vista y al mirar al frente,
allá en el occidente,
no veo el coche oculto en una loma,
mas sólo en la vastísima llanura
contemplo en mi amargura
de vez en cuando que un pañuelo asoma.

XXIV

Flameaba y lo veía por instantes
por las muchas cortantes
que el ondulado suelo presentaba.
Después... sólo veía lejos... lejos
los últimos reflejos
que el Sol en su blancura destellaba!

XXV

—¡Adiós, horas de dicha, ensueños de oro!
que sin consuelo lloro;
¡Adiós, felicidad deshecha y rota!—
dije fuera de mí, y anonadado,
en el sitio parado
do el viento fuerte mi semblante azota.

XXVI

Cuando perdí de vista en lontananza
mi única esperanza,
torné al hogar, mas con dolor insano,
y una lágrima, entonces, al instante,
corrió por mi semblante
humedeciendo mi rugosa mano.

XXVII

Se han deslizado muchas primaveras
como nubes ligeras
que pasan por el cielo en el estío,
o cual ondas que buscan a los mares
y corren a millares
por la pendiente de profundo río.

XXVIII

Siento la dura carga de los años,
traidores desengaños
miro en redor de mi angustiosa vida,
siento que el corazón apenas late,
la existencia me abate
y a bajar al sepulcro me convida.

XXIX

Todas las tardes, cuando el Sol declina
entre luz mortecina,
para verlo venir salgo al camino...
mas sólo alcanzo a ver en la llanura
el polvo que en la altura
se levanta en confuso remolino.

XXX

Parece que la tórtola inocente,
trinando débilmente,
no entona la pasada cantinela!
Parece que la cándida paloma,
posada en una loma,
con su arrullo sin par, no me consuela!

XXXI

Bien recuerdo las horas placenteras
que corrieron ligeras
cuando sólo el placer me sonreía;
bien recuerdo las horas de martirio
cuando en febril delirio
con tono melancólico decía:

XXXII

— Huyó cual hoja por el viento recio
el ser que tanto aprecio
en el albor de juvenil mañana;
¡quién sabe si al sepulcro ha descendido
y con triste tañido
ya por él ha doblado una campana!...

XXXIII

O talvez, satisfecho, se recrea
tras fogosa pelea
ansiando conquistar eterna gloria,
talvez circuye la alegría su alma
al empuñar la palma
con el lauro inmortal de la victoria!

XXXIV

O talvez las trincheras se derrumban,
los cañones retumban
con el rugiente estrépito que aterra!...
Y él cruza en tanto impenetrable valla
y el campo de batalla
en indócil corcel en son de guerra!! —

XXXV

El Sol miraba un día tristemente
en el rosado oriente,
cuando, ante mí, un soldado se detuvo;
noticias de él, sin duda, me traía
y en mi ansiedad sombría
la hora matinal no me contuvo.

XXXVI

Lleguéme presuroso y anhelante
y vi que su semblante
un sello de tristeza reflejaba.
Con los ojos clavados en el suelo
demostraba su duelo
y algún pesar oculto que abrigaba.

XXXVII

—¡Ay! Sin equivocarme, presentía
que a Manuel conocía
compartiendo con él las duras penas,
talvez en el peligro, muy cercanos,
lucharon como hermanos
de un sólido castillo en las almenas.

XXXVIII

Consolarme intentó; luego me dijo
que, con gloria, mi hijo
sucumbió con denuedo y alegría,
mirando el paño de la patria santa
el que victorias canta
y el que en brega mortal, nunca se arría!

XXXIX

Con la envidiada muerte de quien lucha
y sin temor escucha
el ruido atronador de la metralla,
y cae como bravo en lid guerrera
besando su bandera
en medio del fragor de la batalla!...

XL

Al oir el tristísimo relato,
mis lágrimas desato
y exclamo con dolor:—¡No hay esperanza!—
Cual náufrago que lejos de la orilla
no ve la luz que brilla
de un faro salvador' en lontananza!

XLI

Mas abrigo un consuelo a mi quebranto,
un alivio a mi llanto,
que disipa las sombras de mi duelo;
no lo veré en la tierra... Ciertamente,
tal vez eternamente,
en el Edén dichoso, allá en el cielo!...

XLII

¡Rompe, mi vida, estos mezquinos lazos,
que me tiende los brazos
y escucho el eco de su voz sonora!
Feliz de mí cuando algún día vaya
a tan segura playa,
¡Ven hacia mí por fin... ansiada hora!





EL PAYADOR



EL PAYADOR

A mi especial amigo, el eminente literato entrerriano José S. Alvarez

I

Detrás de un monte entrerriano,
que oculta la luz del día,
un pobre rancho existía
al Paraná muy cercano;
cruzando veloz el llano,
todas las noches llegaba
un payador, que volaba
montado en su parejero,
que, como el viento ligero,
los campos atravesaba.

II

Por estar entre el follaje
aquel lugar escondido,
era el punto preferido
a donde iba el paisanaje.
Por entre el verde ropaje
de la arboleda sombría,
la Luna su luz tendía
en el rancho, vagamente,
por un vidrio transparente
que en la pared se veía.

III

Muchos paisanos llegaron
una noche, presurosos,
y en los árboles frondosos
los parejeros dejaron;
y después se colocaron
en torno del payador,
que expresaba su dolor
al compás del instrumento,
cantando con dulce acento
unas décimas de amor.

IV

Luego cantó conmovido
sus antiguos desengaños
en los parajes extraños
por donde había corrido.
Y después, entristecido,
unos versos empezó
que a débil voz entonó
con indecible ternura,
demostrando su amargura
por la madre que perdió.

V

Dijo: — Mi tierna existencia
sufrió el dolor más profundo,
pues me hallé solo en el Mundo
sin madre y sin experiencia.
En la edad de la inocencia
a la vida me lancé,
y en ella sólo encontré
flores de espinas y abrojos,
y con el llanto en los ojos
por todas partes vagué.

VI

Como ave que deja el nido
en el bosque solitario,
tras de un suelo hospitalario
en mi pingo he recorrido.
Con el corazón herido
y en pos de la dicha errante,
siempre he llevado delante
para mi vida el tormento
y el amargo sufrimiento
que demuestro en mi semblante.

VII

Aquella triste agonía
de mi madre idolatrada,
siempre llevaré grabada
en mi pobre fantasía.
Cuando al empezar el día
viene hacia mí su figura,
con sin igual desventura
me encamino al campo santo,
para regar con mi llanto
el pie de su sepultura.—

VIII

Aquí el pobre payador
bajó luego la cabeza
como en señal de tristeza
y de profundo dolor;
y aquellos que en derredor
escuchaban su lamento,
oyeron tras de un momento,
en aquel rancho escondido,
un sollozo confundido
con el murmullo del viento.



SEGUNDA PARTE

AMOR Y JUVENTUD



OFRENDA

OFRENDA

(SONETO)

El día que llegó a mi pensamiento
tu casta imagen de gentil belleza,
grabé tu lindo nombre con firmeza
en el tronco de un roble corpulento.

Lo borraron de la áspera corteza
las lluvias impulsadas por el viento,
cual se borran del alto firmamento
las nubes con creciente ligereza.

Aunque el rústico leño no presente
las huellas de ese nombre que he esculpido,
lo llevo en mi alma escrito eternamente.

Y del tiempo la acción, aun no ha podido,
borrar, ni un solo instante de mi mente,
tu nombre, que jamás daré al olvido.



RECUERDOS



RECUERDOS

I

¡Pobre de mí! que sin consuelo lloro
aquella edad de oro
fugaz como las ondas de ancho río;
volaron ya mis infantiles años
y sólo desengaños
al presente contemplo en torno mío.

II

Como barquilla con hinchada vela
la fugitiva estela
deja en las aguas de la mar undosa,
así en mi atribulada fantasía
recuerdos de alegría
dejó la juventud, feliz y hermosa!...

III

Ya declinaba el Sol. Obscuro velo
iba cubriendo el cielo
y la luz de la tarde se extinguía;
caminaba sin rumbo ni destino
en busca del camino
que al hogar solariego conducía.

IV

Pasé por una choza mal pertrecha,
desvencijada, estrecha,
que se yergue en mitad de la llanura;
en la puerta una joven apoyada
fijó en mí su mirada
rebosante de amor y de ternura.

V

Y al contemplar su faz miré, al instante,
su gracioso semblante,
su hermosura gentil y su decoro,
sus ojos seductores, su mejilla
de rosa sin mancilla
y sus finos cabellos como el oro.

VI

Era un conjunto de armonía bella:
        Pensando siempre en ella,
torné al hogar, mas con fingida calma;
¡Dulces recuerdos que al pasado evoco!
        Yo estaba ciego, loco
de amor, ¡fuera de mí! ¡prenda de mi alma!...

VII

¡Cuán feliz y dichoso entonces era!
        ¡Qué ilusión lisonjera
transformada en amargo desconsuelo!
Todo se disipó, como la nube
        que vaporosa sube
para perderse en el azul del cielo.

VIII

Terminé la jornada. Fatigado
        y al sueño deseado
me entregué a descansar de mis labores,
y entre sueños creí me daba un beso...
        que aun lo guardo impreso
cual recuerdo feliz de mis amores!

IX

Pasó la noche. Al despuntar la aurora,
cuando del cielo dora
el astro rey las cumbres de los montes,
para verla marchaba pensativo
con el recuerdo vivo
abismado en mis gratos horizontes.

X

Y contemplé otra vez ¡dulce ventura!
aquella virgen pura,
aquella flor de singular perfume,
que en los albores de su tierna infancia
su exquisita fragancia
en el prado se esparce y se consume.

XI

¡Grato momento aquél! Dulce alegría
llegó hasta el alma mía,
apareció mi dicha en lontananza,
huyeron mis pesares como el viento
y vino al pensamiento
el único solaz de la esperanza!...

XII

Oculto hay algo que el placer empaña
y de tristeza baña
la vida rodeada de ventura,
tras la felicidad ligeros ramos,
y después apuramos
el cáliz del dolor y la amargura!

XIII

Mientras veloz el tiempo transcurría,
mi amor puro crecía
como del mar las olas cual montañas
que en recia tempestad suben al cielo,
y al frágil barquichuelo
aprisionan por fin en sus entrañas.

XIV

Ella, después de un tiempo, siempre estaba
taciturna, apartaba
sus ojos de los míos. ¡Cambio extraño!
Ya vi cruzar entonces por mi mente
de penas un torrente
y el más atroz y negro desengaño.

XV

No nació para el mundo. Miró al cielo
y con ferviente anhelo
pasó el ángel del claustro los umbrales;
allí dejó su lágrima postrera,
allí con fe sincera
puras guardó sus galas virginales.

XVI

Aun la contemplo, para mi quebranto,
conteniendo su llanto
al caer por el suelo aquel tesoro,
cuando de su preciosa cabellera
la crujiente tijera
cortó las trenzas cual cascada de oro!

XVII

De su cuello pendían un rosario
y el Cristo del Calvario,
del infeliz mortal santo consuelo,
su final despedida dió a la tierra
y en el claustro se encierra
con la esperanza de arribar al cielo.

XVIII

Y en mi triste redor turbado miro,
exhalando un suspiro
que de mi corazón marchito brota;
la paz del alma es mi postrer anhelo
y transportado al cielo
busco la dicha en la región ignota.

XIX

En la ignota región, adonde sube
con alas de querube,
la pureza con blancas vestiduras,
ciñe su frente la inmortal corona
y para siempre entona
himnos de amor al Dios de las alturas.

XX

Han pasado los años. Su carrera
borró la primavera,
cual borra el viento leve nubecilla,
como las flores cándidas fenecen
y como desparecen
las huellas que trazó, débil barquilla.

XXI

La acción del tiempo todo lo ha arrasado:
El árbol que empinado
con su copa la altura desafía,
a los bravos guerreros de la historia
cuyos timbres de gloria
aplaudieron los hombres a porfía!

XXII

¡Cuánta gloria sumida en el olvido!
Reyes que han sucumbido,
instituciones, razas que cayeron,
torres, templos, ciudades derribadas,
en ruinas transformadas
y que no ha mucho en su esplendor se vieron!

XXIII

Terminará también el Sol luciente,
cuya lumbre potente
se ve por los espacios reflejada,
y los mares, que rugen encrespados,
están predestinados
a ocultarse en las sombras de la nada!...

XXIV

Sólo el tiempo impasible se resiste;
y ante todo subsiste
contemplando al pasar hora tras hora,
¡oh tiempo! que mi ser has apagado
habiendo marchitado
los ensueños felices de mi aurora.

XXV

Pero no;... si diviso en el oriente
un faro que en mi mente
brilla con luz radiante aun no extinguida.
Quien va en su seguimiento al fin lo alcanza
y es la última esperanza
que veo en el ocaso de mi vida.

XXVI

¿Qué aguardo lejos de *ella* en mi quebranto?
¿Quién a mi triste llanto
prodigará un benéfico consuelo?
Ella, con su virtud, cuando la mire
y de cerca respire
su aliento embriagador, allá en el cielo!

XXVII

Mansión serena que a gozar incita
do ventura infinita
renace entre purísimos albores,
en esa nave que jamás zozobra
y donde se recobra
la eterna juventud con sus primores.

XXVIII

Y allí, ¡ángel mío! dicha delirante
vendrá a mi pecho amante
para colmarlo de placer profundo.
Ya vislumbro mis horas de contento;
allí se halla el asiento
de la sublime redención del Mundo!





TRANSIVIT



TRANSIVIT

I

Pradera engalanada con las flores
más lozanas y puras,
con los vivos y múltiples colores
del Sol de las alturas.

II

Entre plantas exóticas, camina
un límpido arroyuelo,
que corre hacia una fuente cristalina
por los guijos del suelo,

III

Se colma de placer el alma mía
en aquella mansión.
¡Cuánta felicidad! ¡Cuánta alegría!
que inunda el corazón.

IV

Pero deshoja un huracán las flores,
enturbia el arroyuelo
y del Sol se disipan los fulgores
que llegan desde el cielo.

V

Y se transforma, entonces, aquel prado
en triste soledad.
La vista del paisaje se ha trocado,
ya no hay felicidad,

VI

Como recio huracán la muerte atierra,
la bella juventud
y sus despojos pálidos encierra
en lóbrego ataúd.



AMOR



AMOR

A C. B.

I

Habrás visto una vez cuando la aurora
su tenue luz envía,
y la copa del árbol se colora
al despertar el día.

II

La claridad aumenta gradualmente,
todo el llano se alumbra
y al levantar el Sol su angusta frente
ya no hay nada en penumbra.

III

Se anima el corazón, la luz que brota
el firmamento irisa
y allá escondida en la pradera ignota
una flor se divisa.

IV

Esa flor se levanta, se incorpora
y extiende la mirada
al cielo de oro, a la naciente aurora...
¡ Qué flor enamorada !

V

Hay una causa en todo : No es el día
no es del alba el destello
lo que esa flor enamorada ansía,
porque hay algo más bello.

VI

Es el astro fecundo, el Sol radiante
que el mirasol espera
y quiere entre su seno palpitante
pasar la vida entera.

VII

Lo adora con creciente desatino,
con loca idolatría,
y sigue con la vista su camino
hasta que acaba el día.

VIII

Le quisiera decir que al ver su fuego
se colma de ventura
y que siente por él delirio ciego
y pasión y locura.

IX

Le quisiera decir que entre sus brazos
a su amor sólo aspira
y siente el corazón hecho pedazos
y tan sólo lo mira.

X

Quisiera detenerlo en su camino,
ir en pos de su suerte,
y seguirlo, porque ese es su destino,
hasta encontrar la muerte.

XI

¡Y a su lado morir! ¡Muerte bendita!
¡Morir de amor profundo
fuera para esa flor dicha infinita,
la más grande del mundo!...

XII

Mas, algo la detiene. El mismo anhelo,
la pasión acallada
causante de tan duro desconsuelo
de esa flor delicada,

XIII

la absorbe en un silencio que la oprime,
y precisa anhelante
un punto leve, y ese amor sublime
desbordará al instante.

. . . .

Basta por hoy. Que de dudar acabes,
que llegue a ti la calma,
Quién es el mirasol ahora lo sabes.
¡Angel mío del alma!...



INES

INÉS (1)

(LEYENDA)

I

El frente dando a un camino
de larguísimas veredas,
con dos filas de arboledas
que dan a un pueblo vecino;
en un paraje argentino
hay un hogar de ventura,
que destaca su figura
y de lejos se divisa,
entre la línea indecisa
del cielo y de la llanura.

---

(1) Recitada por el autor en el salón "Lago di Como" en una fiesta italiana.

II

El cristal de una ventana
que mira a la carretera,
deja ver la luz primera
al despertar la mañana,
y cuando la luz lejana
del Sol, que en rojos colores
entre cálidos vapores
hacia el ocaso declina,
el muro opuesto ilumina
con los últimos fulgores.

III

Es un bello panorama
del pintoresco paraje,
cuando entre el verde ropaje
el día su luz derrama;
cuando con radiosa llama
el Sol brilla en el oriente,
y colora suavemente,
desde el lejano horizonte,
las altas copas del monte
situado en el occidente.

IV

Una acequia cristalina
que entre flores serpentea,
turba la paz que recrea
en esa mansión divina,
y el jilguerillo que trina
junto al nido de su amor,
y el canto del ruiseñor
en la enramada frondosa,
y la bella mariposa,
que vuela de flor en flor.

V

¡Cuánta dicha y bienandanza
respira aquella mansión,
donde encuentra el corazón
horas de eterna bonanza!...
Y momentos de esperanza
que disipan los pesares
de quien ve en aquellos lares
alegrías e ilusiones,
al leer las inscripciones
de sus troncos seculares,

VI

Al desvanecerse el día
cuando el crepúsculo huye,
de todo, al parecer, fluye
profunda melancolía;
cuando la noche sombría
tiende su obscuro crespón,
se oye clarísimo el son
y la armonía lejana,
de la trémula campana
cuando toca la oración,

VII

mezclada con el balido
que exhala triste la oveja
buscando al hijo que deja
en la llanura perdido;
y el acompasado ruido
que produce el movimiento
del caballo que violento
atraviesa el despoblado,
como si fuera arrastrado
por el empuje del viento.

VIII

En la vespertina hora
de un día de luz incierta,
estaba frente a la puerta
una niña encantadora:
Rosada como la aurora
cuando muestra su hermosura,
como la paloma, pura,
que arrulla inocentemente,
desde que el Sol, lentamente,
se levanta en la llanura;

IX

cual mansa brisa que llena
el prado, con suave aroma,
como la estrella que asoma
en una noche serena,
como agua que por la arena
corre de limpio arroyuelo,
y que al serpear por el suelo
parece pulida plata,
porque en su frente retrata
el diáfano azul del cielo;

X

como el color delicado
de la nieve del armiño,
como el corazón de un niño
de candor inmaculado,
cual pimpollo clausurado
de silvestre flor temprana,
que levantándose ufana
en el medio del desierto,
su corola no se ha abierto
a la luz de la mañana.

XI

De negro y rizado pelo
que destrenzado caía,
su tierna faz parecía
la faz de un ángel del cielo,
sobre ella llevaba un velo
de rosada transparencia,
y que a su casta existencia
daba un sello de candor,
y un bellísimo color
a su cara de inocencia,

XII

Le pregunté el nombre:—Inés—
dijeron sus labios rojos,
mientras sus hermosos ojos
miré del velo a través.
De mí se alejó después
la aparición inmortal
y aquel ángel terrenal
se grabó en mi fantasía,
pues guardaba todavía
la corona virginal.

. . . .

XIII

Una noche de terror
y de lobreguez obscura,
se desata en la llanura
un huracán bramador;
del trueno el sordo clamor
se escucha en el firmamento
y su enronquecido acento
resuena como el torrente,
mezclado confusamente
con los silbidos del viento,

XIV

que al rozar las frondas, zumba
y lluvia intensa desata
que como una catarata
desde el cielo se derrumba;
de la centella retumba
el eco sordo y lejano
y la lluvia azota en vano
la planta, el bosque y la breña,
hasta que al fin se despeña
por las vertientes del llano.

XV

En las nubes relumbraban
los relámpagos rojizos,
y con fuerza los granizos
del cielo se desplomaban,
los cristales azotaban
impulsados por el viento,
y con raudo movimiento
la nube entre bruma espesa,
corre, corta y atraviesa
el cristal del firmamento.

XVI

Inés, con temor creciente,
aquella noche de invierno,
junto al regazo materno
y acongojada su mente,
por el cristal transparente
miraba la inmensidad,
y el campo con ansiedad
por momentos lo veía,
si un relámpago corría
el velo de obscuridad.

XVII

—No temas—la madre exclama
señalando un punto a su hija:
—Que el huracán no te aflija
mientras fulgure esa llama;
la tenue luz que derrama
ese olivo celestial,
es la palma contra el mal,
pues tiene un sello divino,
mientras brame el torbellino
del furioso vendaval!—

XVIII

Pero la niña, anhelante,
tranquilidad no recobra,
demostrando la zozobra
en su afligido semblante.
En actitud suplicante
ante la Virgen se inclina,
y su rostro se ilumina
y toma un tinte más vivo,
al recibir del olivo
la escasa luz mortecina.

XIX

Cuando el huracán inspira
pesadumbre, y brama y ruge,
parece que con su empuje
el cielo descarga su ira;
mas si un alma hay que suspira
en medio de su amargura,
si en el silencio murmura
y con fe a su Dios invoca,
la centella no la toca
y el rayo no la fulgura,

XX

—¡Qué noche de desconsuelo!—
dice, al fin, la noble anciana,
entreabriendo la ventana,
con temor y con recelo.
—¡Desamparados del cielo
cuántos pobres andarán,
y llorando vagarán
en la obscuridad incierta,
buscando de puerta en puerta
para sus hijos el pan!...

XXI

¡Cuántos de frío transidos
pidiendo hospitalidad,
de la ronca tempestad
escucharán los bramidos;
y sus miembros ateridos
no hallarán, en su quebranto,
el calor suave del manto
que la madre al hijo tiende,
y que sólo ella lo extiende
con ese cariño santo!...—

XXII

Estas frases al oir
Inés, la lumbre reanima,
y a la madre se aproxima
creyendo frío sentir.
Siente la puerta crujir
al compás del torbellino
y dice: — Algún asesino,
con perverso fin malvado,
sin duda se ha deslizado
por la verja del camino! —

XXIII

Luego la madre: — Es el viento
que los cristales azota. —
Pero en su rostro se nota
la inquietud del pensamiento;
mientras en aquel momento
se escucha el son funerario,
que en el llano solitario
se esparce rápidamente,
cuando toca lentamente
el reloj del campanario!...

XXIV

En el silencio sumido
permanece el llano entero,
después del toque postrero
de penetrante sonido.
En el cerrojo otro ruido
se oye tras un breve instante,
y se presenta delante,
a turbar aquella paz,
un hombre que un antifaz
tapa su adusto semblante.

XXV

En sus órbitas hundidas
brillan los ardientes ojos,
como los destellos rojos
de dos ascuas encendidas,
cuyas luces desprendidas,
cual fosforescencia rara,
en la noche de su cara
aumentan su resplandor,
con la distancia mayor
que del día la separa.

XXVI

—¿Qué buscas aquí, malvado?...
¿A este lugar quién te llama?...—
al punto la madre exclama
con tono apesadumbrado.
Y el hombre responde airado,
mirándola duramente:
—Quiero esa niña inocente
junto a mi lado tener,
para ser feliz al ver
la pureza de su frente;

XXVII

y lo haré, pues soy el padre.—
Prosigue aquel ser maldito
mirando de hito en hito
ahogada en llanto a la madre:
—A pesar que no te cuadre
y me lo pidas de hinojos,
debo causar tus enojos,
aunque me taches de hiena,
aunque te colme de pena
y asome el llanto a tus ojos.—

XXVIII

—¡Tengo yo que ir contigo?...
la tierna niña pregunta,
y hacia la madre se junta
como buscando un abrigo.
—No, jamás, yo no te sigo—
dice rompiendo a llorar,
y luego empieza a temblar
mirando al hombre intranquila,
como la barca que oscila
sobre el abismo del mar.

XXIX

—Es tu corazón estrecho—
la madre entonces exclama,—
porque es calumnia que trama
el interior de tu pecho.
No conozco ese derecho
que me hiere sin piedad,
tu pérfida iniquidad
delante de mí se aumenta,
hasta el extremo que inventa
tan infame falsedad!—

XXX

—¿Falsedad?... —dice al instante
con áspero tono el hombre,
y pronuncia sólo un nombre
descubriendo su semblante.
—Mi corazón anhelante,
después que ansioso ha buscado,
el bien perdido ha encontrado
y si aun la duda te inspira,
mi cuerpo y mi rostro mira
y contempla tu pasado.—

XXXI

Sintió una gran desventura
aquella madre infeliz
al recordar el desliz
que manchó su frente pura,
y en medio de su amargura
puesta la hija detrás:
—¡De aquí no la sacarás!—
da al intruso por respuesta,
que tan sólo le contesta
avanzando un paso más.

XXXII

—!De una vez has de callar!—
la interrumpe dando un grito.
—Pues por fuerza te la quito
si no me la quieres dar.
Ya no puedo soportar
tus palabras que me oprimen,
ni ver que tus ojos gimen
y de ellos el llanto brota,
pues mi sangre se alborota
cuando recuerdo tu crimen!—

XXXIII

La partida desigual
de la más infame lucha,
mezclada luego se escucha
con el ronco vendaval!
Y añade:—Tu hora final
bajo mi peso has de ver,
si la quieres defender
e impedir que me la lleve,
pues a mí no me conmueve
el llanto de una mujer!...—

XXXIV

La defensa y la congoja
exasperó a aquella fiera,
cual se reaviva una hoguera
cuanto más leña se arroja.
Y de un cuchillo la hoja
al punto se vió brillar
como reluce al pasar
el pez de dorada escama,
cuando su brillo derrama
en la obscuridad del mar.

XXXV

—La he de llevar con tu muerte,
que es lo que ahora te espera,
pues tu porfía me altera
y ante mí no puedo verte;
¡aquí yo soy el más fuerte!...—
con voz iracunda grita,
y con la furia inaudita
de quien asalta a deshora,
llevando el arma traidora
sobre ella se precipita.

XXXVI

Presa de mortal desmayo
al cielo la madre invoca,
pero entre ambos se coloca
Inés, veloz como el rayo.
Mira el bandido al soslayo,
guarda su acero traidor
y no observa, en su estupor,
que aquella niña animosa,
dió su sangre generosa
por la madre de su amor.

XXXVII

La madre exclama:—¡Hija mía!...—
y oye sólo la respuesta
del eco, que le contesta
en la habitación sombría...
Ya la borrasca bravía
su furia empezó a calmar,
y empezaban a brillar
de otro día los fulgores,
entre los suaves colores
de la luz crepuscular.

. . . .

XXXVIII

Cuando la aurora despierta
y el llano apenas alumbra,
corre el hombre en la penumbra
de la vaga luz incierta;
En la llanura desierta
quiere encontrar un camino,
como el náufrago marino
que, tras lucha palpitante,
navega siempre adelante,
donde lo arrastra el destino.

XXXIX

Llega hasta un barranco ignoto
que por lo escarpado arredra,
donde amontonada piedra
está de tiempo remoto,
tal vez algún terremoto
formó su pendiente dura
que desde elevada altura
al fondo siempre declina,
cuya quebrada termina
aquella vasta llanura.

XL

Allí el Sol dora su frente
y con la luz que refleja,
entre sus brazos ver deja
una víctima inocente,
y en esa tosca pendiente
que pone término al llano,
ven, con dolor inhumano,
los ojos de aquel bandido,
que su hija ha sucumbido
bajo el golpe de su mano.

XLI

Entonces la sangre helada
sintió correr por sus venas.
—¡Fatalidad, me condenas!—
exclamó con voz ahogada.
Delirante carcajada
se percibió a un tiempo mismo,
y en su terrible estrabismo
que doquiera lo acongoja,
sin darse cuenta se arroja
hasta el fondo del abismo.

XLII

En su mortal agonía
por el dolor que lo apremia,
en la sima una blasfemia
exhaló con voz sombría.
Después, el ruido se oía
en la empinada pendiente,
del agua que en su corriente
al formar una cascada,
va corriendo atropellada
por las peñas del torrente.

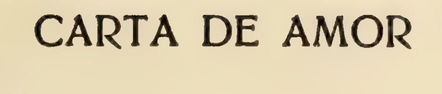
XLIII

Después de tan ruda brega
contra el dolor que le hostiga,
sus penas así mitiga
y al supremo instante llega.
En la casa solariega
donde hubo felicidad,
la más triste soledad
parece que de ella brota,
cuando sus muros azota
la rugiente tempestad.

XLIV

Y sin encontrar consuelo
entonces la madre llora,
y la sorprende la aurora
de rodillas en el suelo;
sus plegarias hasta el cielo
llegan con santo fervor,
al recordar con dolor
de su hija el rasgo valiente,
que dió su sangre inocente
por salvarla de un traidor.





CARTA DE AMOR



CARTA DE AMOR

(SONETO)

Alma mía: No puedes figurarte
el intenso placer que siento al verte,
que se trueca en dolor amargo y fuerte
cuando llega el momento de dejarte.

Si estimo mi existencia es para amarte
y con locura y frenesí quererte,
pues cien veces prefiero yo la muerte
si he de pasar un día sin mirarte.

Que invisible mi ser al punto parta
a donde habitas, para estar alerta,
durante la lectura de esta carta.

Y si al leerla, tu amor no se despierta,
o al ver sus trazos tu mirar se aparta,
¡que en ese mismo instante, quedes muerta!





SEMPER



SEMPER

I

No sé qué siento al pronunciar tu nombre,
ese nombre que inspira el pensamiento,
ese precioso nombre por quien siento
las fibras de mi alma palpitar.
Y ¿cómo no adorarte hasta la muerte
si encuentro en ti la luz, la poesía,
la esencia del amor y la armonía
de una cítara mágica al vibrar?...

II

Porque eres mi ilusión y mi esperanza,
la estrella refulgente que me rige,
el norte que me guía y me dirige
por la senda escondida del amor.
El imán poderoso que me atrae,
de mi existencia la rosada aurora,
la llama que en silencio me devora
entre lenguas de fuego abrasador.

III

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo
tu imagen contempló bella y radiante
y la dicha más grande en el instante
al soplo de la brisa me bañó!
Jamás, que yo recuerde, en mi existencia
he sido tan feliz, más que si hallara
la región celestial y allí encontrara
lo supremo que en lo alto se admiró!...

IV

Veo a través del transparente espacio,
entre nubes de nácar azuladas,
el fuego que germina en tus miradas
y llena mi alma toda de placer.
Luego, sin darme cuenta, ante tus ojos,
de rodillas adoro tu hermosura
y se colma mi pecho de ventura
ante la imagen casta de tu ser!...

V

Si una rosa diviso en la pradera
que el destello del alba tornasola,
encuentro en su bellísima corola
las gracias con que el cielo te adornó;
Y al mecerse al impulso de la brisa,
me parecen las perlas de rocío,
tus ojos, que con ciego desvarío
mi alma ensimismada contempló.

VI

Quisiera yo tejer una corona
que digna fuera de adornar tu frente
y como aguas de rápido torrente
las rimas de mi lira derrochar;
Pero en vano, imposible describirte
pues tu radiosa majestad me abruma,
como se arrolla la rizada espuma
contra las duras peñas al chocar.

VII

No olvides que te adoro y te idolatro
y tu belleza por doquier admiro,
que quiero entre tus brazos un suspiro
junto a mi pecho con ardor sentir.
Ya tengo yo marcado el derrotero
que me señala de tu amor la estrella,
y allí dirijo sin cesar mi huella
donde brilla la luz del porvenir!...



INDICE

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

RELIGION, PATRIA Y HOGAR

SEGUNDA PARTE

AMOR Y JUVENTUD


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 25 07 012 9